DT 06 29

No son muchos los compositores de este siglo indispensables en una discoteca básica. La mayoría de los profesionales nos diría que el más importante es Schoenberg. Para muchos el símbolo es Stravinsky, para otros el encanto del siglo es Prokofiev, pero el más grande, hasta que el juicio de la posteridad nos desmienta, es Vera Bartók.

La música de Bartók es el mayor monumento de un siglo que se acaba con pocas esperanzas musicales. La relación de sus obras, que están entre las importantes de todos los tiempos, es larga, y para comenzar en una discoteca básica citaré sólo dos, el mandarín maravilloso y el concierto para orquesta. La subyugadora música de Bartók está firmemente basada en la lógica de las formas, en su sentido auténtico y profundo, de una renovación radical de las formas musicales.

El lenguaje de Bartók, como el de Haydn un siglo y medio antes, se enriqueció considerablemente en contacto con el folclore, y para integrarlo produjo criterios melódicos, armónicos y simétricos nuevos. El ritmo es centrado en Bartók, y su música es a menudo extremadamente cromática, con nuevas escalas y modos tomados de la música popular tradicional, y explota plenamente las posibilidades y las sonoridades de los instrumentos. Es a veces politonal, pero en todo caso siempre tonal, lo cual, como dijo Furtwängler, con sus palabras, es bastante indeclinable.

La culminación lógica de la evolución expresiva de Bartók es el concierto para orquesta. Este curioso título de una pieza más bien sinfónica se explica por el tratamiento virtuoso de los primeros pupitres en estilo concertante y solista. Es una obra grandiosa y de extraordinaria complejidad, pero la maestría de Bartók hace que la complejidad de la escritura pase desapercibida, y con unas pocas audiciones sólo queda la fascinación que produce, y que produjo ya en su triunfal estreno de Nueva York en 1944.

No es posible analizar aquí el concierto para orquesta, pero quiero mencionar un detalle curioso. Cuando el tempo se acelera en el cuarto movimiento, el clarinete introduce un tratamiento sarcástico del tema más infame de la Sinfonía del Enigrado de Shostakovich, y la burla maestra de Bartók hace de él un tema memorable. La interpretación de referencia del concierto para orquesta es la de Hans Zerl con la filarmónica tcheca.

Dorati y Solty han grabado varias veces la obra a un nivel muy alto, y de ambos hay interpretaciones en disco compacto. La versión de Haydn y la menos precisa de Boulez son también notables. Nosotros estamos oyendo, en disco compacto, la última grabación de Dorati con la orquesta del Consejo de Bajo.